

NOTAS

PREMISAS PARA UN ESTUDIO POLITICO DE LA PAZ

Contradiendo y rememorando la aspiración del profeta Isaías —transformar las espadas en rejas de arado y las lanzas en hoces (1)—, nos recordaba Víctor Hugo que Dios pierde su tiempo haciendo estrellas y flores, ¡porque a los pueblos querellosos les gusta la guerra!

*Dépuis six mil ans la guerre plaît aux peuples
querelleurs...*

*Et Dieu perd son temps à faire les étoiles et
les fleurs... (2).*

A los hombres de Dios debemos, sin embargo, grandes aportaciones en tal temática. San Agustín nos da una buena definición: La paz no es una simple *tranquillitas*; exige un ordenamiento dentro de la justicia (3). La quietud sabe a poco. El que las cosas no se alteren (las «alteraciones» fueron sinónimo moderno de todo cambio) suele cifrarse en el mantenimiento de las situaciones establecidas, y el *statu quo* no es siempre justo y aun generalmente tras la beligerancia y tras la victoria significa la consolidación de las ganancias impuestas por la voluntad de los vencedores. Por eso con alado esfuerzo supo añadir Bodino la «amistad civil». Lo que reforzaría el P. Mendo al dejar dicho exacta y aun solemnemente que la defensa mayor del reino son las armas, sino la unión y la concordia de sus moradores (4), ¡que no es sino la expresión de aquella misma amistad!

Los humanistas del siglo XVI señalaban lo mucho que sabríamos con sólo saber lo que las palabras significaron en sus orígenes. En cuanto a la paz,

(1) ISAÍAS, 2.4.

(2) VÍCTOR HUGO: *Chansons des rues et des bois*.

(3) SAN AGUSTÍN: *De civitate Dei*, 19.13.

(4) BODINO: *Los seis libros de la República*, trad. cast., Turín, 1590; MENDO: *Príncipe perfecto y ministros ajustados*, León de Francia, 1662.

en efecto, es mucho lo que dicen. En el léxico germánico paz y amistad son conceptos cercanos («Freunde»-«Frieden»). Para los israelitas la paz es la salud: «Shalom» recoge los dos contenidos; es paz y bienestar. De ahí proceden, en el castellano, salud y saludo, sanidad del cuerpo y viveza del espíritu. En el léxico latino la paz se une al pacto. De la vieja «pax», que procede de «pacisci», derivan los vocablos «paix», «pace», «paz» y «pau», y aun penetra en el mundo británico con «peace». La paz sería así el producto de la amistad sentida cuando no ha habido guerra, y del pacto logrado después de guerrear.

En todas las épocas los hombres han aspirado a la paz como a un ideal (5). Incluso llegaron a construir el edificio que debía albergarla. Pero ¿dónde encontrar cimientos suficientemente sólidos para mantenerla? No bastan las construcciones de la política internacional. Hay que partir de los hombres y contar con ellos. Ya en 813 el Concilio de Tours se planteó el modo de mantener la paz como objetivo no solamente humano, sino específicamente cristiano. La paz de los Padres turonenses era concordia y acuerdo unánimes (6). ¡Cuán lejos las llamadas guerras de religión!

La Iglesia se mostró históricamente partidaria de la paz. Los cristianos no debían pelear. Los santos militares, o mejor dicho los militares llevados a los altares, fueron tardíos y tardía siempre la leyenda que arropa su perfil. Las devociones a militares santos arrancan del siglo XV y, sobre todo, del XVIII (7). Recordemos la exaltación de un caballero ejemplar en San Jorge o la conversión del Apóstol Santiago en combatiente contra el Islam. Y es que solamente con la Cruzada se ganó a la Iglesia para la disputa. San Francisco de Asís, colocado entre los cruzados y los infieles, proponiendo —como Raimundo Lulio y Vicente Ferrer— el diálogo y la acción misional, es barrido por San Luis desembarcando en Tierra Santa. El Rey combatiente gana al fraile convivencial. Ganarán también los beligeros frente a los humanistas. De poco sirve a la Europa del siglo XVI la «querella pacis» de Erasmo, aquel 1519... (8).

En el siglo XVIII el optimismo de los filósofos se refleja en la considera-

(5) BONNAUD DELAMARE: *L'idée de paix à l'époque carolingienne*, París, 1939, página 316.

(6) «Omnes homines, et maxime christiani, studeant inter se pacem, unanimitatem et concordiam habere.»

(7) DELARUELLE: «Les saints militaires de la région de Toulouse», en *Cahiers de Fanjeaux*, 4, 1969.

(8) Una relación de esfuerzos pacificadores en la historia, en KURT VON RAUMER: *Ewigen Friede, Friedensrufe und Friedens plaene seit der Renaissance*, Friburgo de Brisgovia, 1953. Sobre Erasmo y sobre Carlos V, BENEYTO: *España en la gestación histórica de Europa*, n. e., Madrid, 1975, págs. 263-266 y 271-273.

ción de la guerra. Montesquieu señala que mientras en la Antigüedad la derrota significaba el exterminio o la esclavitud de los vencidos, en su tiempo ya no llevaba sino a cambios de soberanía. El abandono de las calificaciones confesionales, tras las contradictorias «guerras de religión», fue un gran alivio, pero al ecúmeno religioso vino a seguir un ecúmeno político, y ya justificada —y bendecida— la guerra, los Reyes no se moderaron en su uso. Los nuevos Estados se afirman sobre naciones convertidas en posiciones-erizo y apoyadas en la estructura nobiliariocastrense.

Las disputas dinásticas fueron causantes de la iniciación de numerosas guerras. Los intelectuales pendientes de la paz habían sentido una gran decepción, tras haber pensado que —cancelada la lucha religiosa— los enfrentamientos podrían resolverse por negociaciones: el acuerdo, el pacto —que era la paz— se hacía cada vez más difícil. Pero tampoco el deterioro del poder dinástico tras la Revolución francesa mejoró las cosas. Mientras los idealistas soñaban en el fin de las guerras, con los hombres abrazados ante el espectáculo de las naciones reconciliadas, Napoleón ensangrentaba Europa.

Puede así decirse que la paz ha vivido bajo lo que Bouthoul llama la fascinación de la guerra (9). Para ganar la paz hay que evitar la guerra. Si la guerra se ha impuesto por la aplicación de los mecanismos económico-políticos establecidos, para transformar el panorama habrá que cambiarlos. Esa carrera de armamentos, convertida en cadena de chatarra en el proyecto de Bouthoul, no resultará freno bastante. ¿Acaso será suficiente el *birth control*, encareciendo al hombre y haciendo más costosa su utilización beligeras? Podemos asegurar que no, mientras tantos países produzcan soldados numerosos y baratos (10).

Importa ser pacíficos y aún ser pacifistas, sin desarmar el navío. No es sólo cuestión de lo inconveniente de cualquier desarme unilateral, que en vez de atenuar los estímulos los acrece, por cuanto incita a la agresión por parte del adversario eventual (11). Habría que llegar a acuerdos universales, y no puede haberlos sin una garantía también universal. En el proyecto de Sociedad de Naciones preparado por el coronel House y presentado por el Presidente Wilson, la paz fue configurada como pacto. Volveremos a los orígenes latinos y a su raíz interpersonal. Porque la paz, en cuanto pacto, exige el diálogo.

La estructura montada en Ginebra por el empirismo inglés y el idealismo yanqui resultó ineficaz, no sólo porque los iniciadores quedaron fuera sino

(9) GASTON BOUTHOU: *La paix*, París, 1975, y esp., *Ganar la paz y evitar la guerra*, ed. esp., Barcelona (Libros Plaza-Janés).

(10) BOUTHOU: *L'infanticide différe*, París, 1970.

(11) V. bibliografía final.

porque el esquema nacional, al que siguió ligado el poder bélico, funcionaba demasiado rígidamente. Recordemos que las sanciones eran obligatorias en el terreno económico pero no en el militar. Como en el segundo ensayo —con la Organización de las Naciones Unidas—, la ausencia de fuerzas armadas propias dejaba al conjunto de los países asociados a merced de los más poderosos. Imaginar el futuro pacífico sobre un trámite hecho hábito era una muestra más de ingenuidad, excesiva confianza en el triunfo de las costumbres sobre las opiniones.

Quizá la única aportación pacificante de aquel primer esfuerzo esté en la regulación internacional del trabajo, conciencia de que las desigualdades derivadas del desorden establecido resultaban fundamentales para el futuro de la Humanidad. La ONU amplió el esquema económico de la SDN. Con la UNESCO y con el Desarrollo, que el propio Papa de Roma consideró —en su *Populorum progressio*— que era justamente el nuevo nombre de la paz (12).

* * *

¿Sobre qué elementos se imagina un enfoque realista? Cuando los Institutos encuestadores se plantearon la imagen del mundo en el año 2000, se preguntó a las gentes sobre los apoyos que podía encontrar la paz. Las respuestas miraron antes que a otra cosa a las relaciones laborales, mas también a las familiares, a la ayuda a los países menos desarrollados, a las mejores comunicaciones, a la religiosidad, a la democratización (la elección libre de los gobernantes) y también al desarme (13). Y es que la formación de un ambiente favorable a la paz está ligada a la crítica de la guerra y de cuanto se da en su contorno.

Junto al *Abajo las armas* de la baronesa Berta de Suttner, está el ejemplo patrio de los *Cuadros de la guerra* de Concepción Arenal, hija y madre de militar. Tras la primera gran guerra Henri Barbusse con su *Fuego*, y Erich Remarque con su *Sin novedad* tuvieron amplia acogida. No así quienes señalaron las lacras de la segunda. El hecho merece ser meditado: acaso haya que anotar el carácter más colectivo de la reflexión. Y sobre todo el hecho de que la guerra haya continuado, con lo que se han mantenido mecanismos y tensiones alejados del contexto típico del final de la guerra misma. En todo caso algunos conflictos cruentísimos, como las operaciones del Vietnam, han marcado a una generación entera no sólo por el *rapport* Russell sino por el impacto de la cotidiana información. Y entre estas informaciones no estaría

(12) J. BENEYTO: *Historia geopolítica universal*, Madrid, 1972, págs. 542-552.

(13) Cf. la colaboración española en *Rev. Esp. de la Opinión Pública*, núm. 13, 1968.

mal que se rectificasen los mecanismos que ligan el heroísmo a las más elevadas matanzas: Enmanuel Berl contó que su pacifismo arrancó precisamente del hecho de que tras un combate durísimo en 1915, su batallón, conquistador de una posición muy importante, no había sido señalado en el Parte Oficial «¡porque no había tenido bastantes pérdidas!»

Familiarizados con la guerra, habrá que aceptarla. El *rapport* de Iron Mountain, discutido estos pasados años, señala la peligrosidad de un mundo sin guerra, es decir, de un mundo con paz (14). La guerra no sólo produce beneficios comerciales e industriales sino espirituales: la paz acabaría con la defensa nacional. Me parece que lo que hace mantener la actual situación no arranca de tal sustantivo sino de su adjetivo. Mientras subsistan los esquemas nacionales, la guerra es previsible. Mucho antes de Iron Mountain ilustres tratadistas señalaron la peligrosidad de la paz. Entre los españoles, Villamartín advirtió que la paz perpetua sería «una antinomia viva en la ley creadora..., la sociedad en estado de fósil», y el marqués de Santa Cruz de Marcenado iría de la teoría a la práctica exigiendo la guerra cuando la paz se prolongara: cuando hay «larga paz» la guerra es «útil», conviene... (15). (Sin embargo, ni en los países escandinavos ni en Suiza parece que la larga paz haya afectado a la organización social que, según tan preclaros tratadistas, quedaría deteriorada por la ausencia de guerra.)

Los autores del *rapport* de Iron Mountain, al concluir que la guerra no podría suprimirse, pensaron, sin embargo, en la posibilidad de sustituirla. Se trataría, pues, de encauzar aquellas energías creadoras que exaltaba Villamartín. Cabría proyectar un nuevo campo de batalla: la pobreza. (Otros han propuesto recientemente menos: un diezmo sobre los gastos militares: con ello, ha dicho Alfred Kastler, se solucionaría el hambre en el mundo) (16). Así, se buscaría poner medida a las dos cosas. Se ha pensado también en desviar el esfuerzo bélico hacia la conquista del espacio. Pero se ha visto que tal conquista conduce a la polarización de las potencias, sin otro beneficio que una sumisión general si se produce el pacto o una destrucción si la guerra estalla. Y en cuanto a los beneficios no-bélicos, ¿dónde están aquellas bellas cosas contadas por la propaganda norteamericana con ocasión del salto a la Luna?

La paz no llueve del cielo, nos dirá Mitscherlich. Para este estudioso hay procesos psíquicos que son factores de autoengaño. En efecto, señala: me-

(14) *Report from Iron Mountain*, ed. Leonard Lewin, 1967 (trad. franc., *La paix indésirable?*).

(15) Cf. FRANCISCO VILLAMARTÍN: *Nociones de arte militar*, y ALVARO NAVIA OSSORIO, marqués de Santa Cruz de Marcenado: *Reflexiones militares*, Turín, 1724.

(16) ALFRED KASTLER en la cumbre de intelectuales organizada por la UNESCO en París (crónica en ABC del 26 de junio de 1976).

ditamos hasta convencernos de que no somos nosotros los que odiamos, sino que son los otros los que nos odian. Nace así un primer proceso de transferencia de afectos. Pensamos también que no somos nosotros quienes obramos contra la Ley, la conciencia o la Humanidad, sino esos prójimos nuestros; con lo que madura el proceso de conflictividad interna que está en la raíz del mecanismo beligerero. En fin, creemos que no abrigamos los deseos que se nos atribuyen; con lo que se desata un proceso de negación. Estos tres procesos —subraya Mitscherlich— actúan a la par entre los individuos y entre las naciones. Es preciso que nos convenzamos de que la paz es un sistema de equilibrio satisfactorio entre relaciones afectivas en continuo movimiento (17).

En consecuencia: si se quiere más a la paz que a la guerra tenemos que educarnos en esa línea; urge un cambio en la educación. Y lo primero a hacer: sustituir una tradicional educación para la beligerancia (desde Viriato «jurando odio eterno a los romanos») por una educación para la convivencia.

* * *

Se ha venido obrando como si servir la paz fuese solamente atacar la guerra, cuando habría que partir de la autonomía del saber convivencial. No nos sirven —o no sirven suficientemente, porque se mueven en zonas siempre replicadas— esas visiones de la paz cuyo fondo es la guerra. Las películas, las novelas, el teatro, los propios musicales contra la guerra parten de ese fondo. Recordemos desde *Solferino* a *De aquí a la eternidad*, *El sargento Flynn* o ¡*Qué hermosa es la guerra!*, incluyendo el musical de Brecht (18). ¿Por qué atacar la guerra ha de ser atacar al Ejército e incluso a su Estado mayor?

Cualquier consideración previa a un estudio político de la paz obliga a volver a los inicios, a partir de ese cero que es la meditación sobre la no-violencia, respeto mutuo entre individuos y grupos, es decir, entre personas. El personalismo como acentuación de la ciudadanía (pues lo primero es superar la visión del hombre como súbdito y, sobre todo, como dos veces súbdito, que es ser como soldado) resulta una vía sugestiva.

Incluso ahora puede resultarnos válida la vuelta de la Iglesia también a los principios, viendo que las Cruzadas ya no son útiles. Como en sus orígenes, el obispo de Roma mira hacia la no-violencia. Cuando tal no-violencia

(17) ALEJANDRO MITSCHERLICH: *Posibilidad de conducción pacífica de los conflictos*, Disc. en la Feria del Libro de Francfort, al recibir el Premio de la Paz, 1969.

(18) El musical antibelicista de Attenborough (*Oh! What a lovely War*), representado por Laurence Olivier y Vanessa Redgrave. El de Brecht, en París, en el Teatro de las Naciones, en 1968.

deja de ser simple actitud pacifista y aún simple deseo de paz, se nos ofrece como ideal capaz de elaborar una regla de conducta (19).

Lo que ocurre es que los problemas ligados a las conciencias no dejan de pender de las estructuras. Todo cambio de ideas exige un cambio social. Y las estructuras son las que permiten seguir gastando cada vez más en la preparación de la guerra y cada vez menos en los mecanismos para evitarla.

El esquema estructural resulta adherencia que daña al proceso auspiciado: frente a la paz, la guerra tiene en su favor un mecanismo muy comprometido y hasta un grupo social de progresiva configuración estamentaria, es decir, algo más que una carrera administrativa. A su lado andan con no menor fuerza los grupos sociales ligados a la gran industria, y a la política de las fronteras erizadas, empeñada en la conservación de aglomeraciones sociopolíticas apoyadas en la idea del cerco (con lo que vierte como defensa lo que en el fondo busca siempre la agresión) (20). Y cuando estos esquemas se incorporan como constelaciones, se entra al servicio de los grandes del orbe, con lo que no sólo se subvierte el inicial patriotismo sino que se aboca a la supresión de aquellos valores que más fuertemente forjaron los mecanismos de la beligerancia.

Y es curioso que los grandes del orbe hayan olvidado hasta qué punto su poder actual deriva de la ausencia fundacional de ciertas estructuras socio-políticas. La Unión americana fue posible por la prohibición constitucional de los Ejércitos permanentes. Si en aquellos primeros textos no sonase, como en la Declaración de Virginia (1776), que los Ejércitos permanentes son en tiempo de paz peligrosos para la libertad (*dangerous to liberty*) y que en cualquier caso han de estar subordinados y gobernados por el poder civil (*under strict subordination to and governed by the civil power*), ¿qué otro mapa sería el de los Estados Unidos? Seguramente un mapa semejante al de la América del Sur, donde fue decisiva la fuerza militar. Las viejas colonias inglesas se hubiesen levantado tan erizadamente como las antiguas Monarquías de Europa. Mas, en fin, ahí tenemos el «milagro alemán», consecuencia de haber prescindido durante unos años de tal estructura.

* * *

Sin grupo social equivalente a aquel del que dispone la guerra, la paz se encuentra estructuralmente debilitada. Tampoco existe industria que sea pensada para ella, ni fuerzas que se impongan —por la reflexión— sobre el

(19) Cf. JEAN-MARIE MULLER: *L'Évangile de la non-violence*, París, 1969.

(20) Cf. BENEYTO: *Los cauces de la convivencia*, Madrid, 1969, pág. 78, con referencia a la «einkreisung» venatoria teorizada en la Prusia guillermina.

grupo popular cohesionado... Y fuera de las fronteras, toda organización supranacional es interestatal y acaba configurándose como administración, como burocracia mejor que como gobierno. Los esfuerzos de las Naciones Unidas para la educación, como los anteriores de la SDN en relación con los textos de historia (tradicional esfuerzo de propaganda) no han llegado más allá de algunos planes-piloto. La televisión nacional y nacionalista ha insistido en la violencia. Volvemos a las luchas de gatos y de gallos, cuando no nos bastan los espectáculos del fútbol o del boxeo. La educación es universalmente regida por mecanismos movilizados en favor de los sistemas establecidos por tantas dictaduras, con o sin nombre de tales (21).

Son demasiadas voluntades las necesarias para la paz, ¡cuando con sólo una se llegó a la guerra!

La ingenuidad no se agota fácilmente. Algunos parten del orden interior y estiman que con mejores Gobiernos caminaríamos hacia la paz. Ya Boecio señalaba que los buenos años no había que contarlos por las buenas cosechas sino por los buenos Príncipes. Ya la Sala de los Cien días de la Cancillería pontificia de Roma, bajo un gran lienzo del gran Vasari, vino a expresar casi lo mismo, siglos después: «Aureum saeculum condit qui recto aequabilique ordine cuncta dispensat». Pero los tiempos no cambian; los malos usos internos siguen dominando.

En el orden exterior parece que las realidades son más fuertes que aquellos transfondos; el Derecho internacional montado sobre el esquema de la abstracción contractual sólo puede presentarse hoy de modo racional como Derecho de la Humanidad. Para Wilfred Jenks, los cambios experimentados expresan una actitud de progreso creador con una firme esperanza hacia el futuro (22). Y es que mientras se multiplica el número de los Estados la figura que éstos presentan es del todo anticuada (23).

Mac Luhan subraya que las guerras son el resultado de las vanas tentativas hechas por un pueblo para restaurar antiguas imágenes (24). Hay, pues, que actuar cerca de los pueblos para presionar sobre sus dirigentes: el objetivo de una verdadera política de la cultura estriba en formar una opinión pú-

(21) Léase *El gusto del poder*, de LADISLAW MACKO (¡Los jefes esconden su debilidad tras el terror!).

(22) C. WILFRED JENKS: *El Derecho común de la humanidad*, trad. cast., Madrid, 1969.

(23) Cf. JUAN FERRANDO BADÍA: «La nación», en esta REVISTA, núm. 202, julio-agosto 1975, pág. 50. «El Estado-nación y el nacionalismo son un producto de una época que está terminando. Desaparecidas las circunstancias que los motivaron... el Estado-nación no puede subsistir hoy día más que como un anacronismo.»

(24) MCLUHAN: *War and Peace in the Global Village*, Nueva York, 1968.

blica consciente de que son los pueblos y no los Estados quienes deben encararse con el problema (25). De ahí que nuevamente, como en el siglo XVI, teología y humanismo hayan de abrirse a una consideración conjunta y complementaria del proceso social universal.

La investigación sobre la paz ha de ser el centro de las previsiones para el futuro. Las preocupaciones surgidas tras la bomba atómica parece que han ido cediendo. Y eso que el salto es incomparable al del arcabuz en sustitución de la espada o el de la pólvora que impuso el cañón. En los diez años que siguen a 1945 casi un millar de trabajos sobre la guerra descuellan sobre el medio centenar dedicado a la paz (26). A partir de 1960 las guerras limitadas subsiguientes, al mismo tiempo que han hecho considerar como normal el fenómeno bélico —noticia de cada día— que, sin embargo, por ser tal noticia, estimuló su estudio, como la contaminación urbana o los accidentes de carretera. Sin el ambiente tenso de la guerra grande, de la conflagración universal vista como muerte, pasamos a estas guerras, reducidas en el espacio y vistas más bien como enfermedades. Por eso creo que se justifica la moderada presencia —pero presencia en fin— en la escena multinacional de los Institutos fundados para su estudio (27).

Son ya cerca de un centenar. Estudian la paz bajo la dependencia de Academias y Ciencias y de Universidades. Tal sucede en la Unión Soviética, en los Países Bajos, en Francia y en Alemania o lo hacen próximos a las instancias militares, como en España... (28).

A nuestro parecer, la visión más objetiva de un estudio político de la paz debe partir de la elaboración de una especie de mapa climático —e incluso de cuadros estadísticos— con «puntos negros». Personas, organizaciones, intercambios, acuerdos y, sobre todo, acontecimientos que marquen el tiempo pre-

(25) Cf. «L'ONU, les Etats Unis et l'Opinion publique», en números 31-32 de *Comprendre*, órgano de la Sociedad Europea de Cultura. V., igualmente, BENEYTO: *La opinión pública internacional*, Madrid, 1963.

(26) Cf. el resumen de LUCIANO PEREÑA: «Investigaciones sobre la paz», en *Ya* de 11 de junio de 1969. Señala especialmente las aportaciones de BOULING, COOPER, GALTUNG y KLINENBERG.

(27) Entre ellos: Canadian Peace Researchs Institute, Dutch Institute for Peace Research, Gandhi Peace Foundation, Hiroshima Institute for Peace Science, Peace Knowledge Foundation (G. B.)...

A nivel supranacional el Movimiento Pugwash. También publicaciones periódicas como el *Journal of Peace Research*, desde 1964, en inglés y con resumen en ruso (Imprenta Universitaria Noruega, Blindern, Oslo-3).

(28) En Francia depende de la Escuela Práctica de Estudios Superiores; en Noruega está ligado al mecanismo de la Administración gubernamental; en Estados Unidos algunos centros dependen de institutos tecnológicos. En España la investigación se vincula al Centro de Estudios de la Defensa Nacional, de la Escuela Superior del Ejército.

visible, los cambios de presión, y las borrascas y los ciclones; en conjunto, el clima social, económico y político (29). El antecedente histórico más conocido nos lo habría dado la República de Venecia, con sus famosas Descripciones, debidas al tesón —y a la capacidad de observación y estudio— de sus embajadores y estudiosos... (30). En la República Federal Alemana se ha subrayado con verdadera razón que la investigación de la paz debe ser cultivada interdisciplinariamente... y ¡ha de practicarse internacionalmente!

Faltan definiciones que mejoren la de San Agustín. Actualmente cualquier Teoría de la Paz exige la minuciosa consideración previa de una vastísima problemática. Es difícil decidir si su tratamiento es de ciencia pura, o —acaso mejor— de ciencia aplicada. Su objetivo se debe contraer a la búsqueda de aquellas causas por las cuales se producen las situaciones conflictivas, comenzando por las agresiones individuales (con su amplísima complejidad actual, ante las policías paralelas y los comandos más o menos de la muerte) y llegando a los conflictos internacionales, típicamente llamados guerras, así como a esas figuras intermedias de los secuestros —aéreos o no— de base grupal (31).

Volvamos a Víctor Hugo:

le guerre plaît aux peuples querelleurs!

Aquí está la raíz: importa quitar la belicosidad a los pueblos, desde niños... Que al pueblo y al niño se les educa ¡con *comics* y con juguetes!

Insisto en mi hipótesis central: ni los Institutos de estudios, ni las organizaciones más poderosas, ni siquiera el cambio en la voluntad de quienes nos llevan a la guerra... podrán conseguir algo sin partir de la educación. Nada podrá lograrse mientras la educación se moldee sobre la beligerancia... mientras la hostilidad sea ¡recíproca y oficiosamente reforzada! Las imágenes efi-

(29) Una visión de conjunto en BERT A. ROELING: «La investigación sobre la paz, ciencia de la supervivencia», en *Impacto*, 18 de febrero de 1968. En la misma publicación, trabajos de KENNETH E. BOULING, en relación con la concepción aludida («Conflicto y defensa»), y de OTTO KLINENBERG («La dimensión humana de las relaciones interiores»).

Cf. también MILTON SCHWEBEL: *La ciencia ante la amenaza nuclear*, Barcelona, 1969.

(30) Cf. BENEYTO: *Fortuna de Venecia*, Madrid, 1947.

(31) Sobre todo esto, KARL WIENAND: «Ueber die Friedensforschung und die Friedenspolitik», en *Die neue Gesellschaft*, 4, 1970.

Como bibliografía general complementaria cabe acudir a GASTON BOUTHOU: *La paix*, París, 1971; F. HENRICH, ed.: *Ist Friede machbar?*, Munich, 1969; EKKEHARD KRIPPENDORF, ed.: *Friedensforschung*, Colonia, 1970; G. PICTH y H. E. TOEDT: *Studien zur Friedensforschung*, Stuttgart, 1969; EMERY REVES: *The anatomy of peace*, Nueva York, 1946, y HELMUT RUMPF: «Friedensforschungs und Friedensbegriff», en *Aussenpol.*, 6, 1970.

caces no pueden seguir siendo las de vidriera policromada con santos combatientes. El único caballero de recibo será un San Martín «partiendo su capa con el pobre...»

Todo ello es difícil e incómodo. Nada cohesiona más que el sentirse cercado. Nos agrupamos si estamos perseguidos; si vivimos libres tendemos a la dispersión. Si se nos propone perseguir, es fácil que constituyamos batallones. Rof Carballo ha escrito que inculcar a las masas un delirio persecutorio es cosa que ha dado siempre buen resultado para crear dentro de ella una cierta cohesión. Y observa que —coincidiendo con cuanto hemos advertido en estas notas— desgraciadamente tal cohesión se hace a expensas de la inteligencia crítica, que se atrofia (32).

La paz no se ordena desde los Ministerios del Aire, de la Marina y del Ejército de Tierra (o de la Defensa Nacional), sino desde la Educación, también nacional, y aún mejor desde una Educación sin apellidos.

JUAN BENEYTO

(32) ABC de 11 de diciembre de 1969.

